

## EL ÓMNIBUS

Viajaba en un ómnibus de la compañía C.O.M.E. y eran más o menos las dos de la tarde. A esa hora los colectivos acostumbraban llenarse. A veces me divertía imaginando al vehículo como una gigantesca gorda que come gente y la encierra en su interior privándola de oxígeno, disfrutando los rancios hedores que de ésta emana y vomitándola luego en la parada elegida.

Ese día me había sentado en el asiento maternal, al lado del hombre que con poca o ninguna gana se encargaba de vender los boletos y de tratar mal a la gente, apurándola para que por favor se corra al fondo que hay lugar. Pronto subió un vendedor y dijo como si se hubiera tragado un robot:

- Señoras y señores, les voy a robar un minuto de su amabilísima atención. Por decomiso de aduana y como oferta momentánea ha llegado a sus manos el magnífico bolígrafo de colores, útil para el estudiante, el niño, el señor, la señora, el doctor, el mecánico, el perro, la tortuguita del nene, el vestidito de la nena a tan solo diez pesito. Y por si esto fuera poco... .... A diez pesito a diez.

El conductor se estaba hartando de tanta charlatanería. Se lo veía en su rostro, que reflejado en el espejo retrovisor ponía cara de furia y apretaba los dientes como queriéndolos destrozar. Miró largamente al guarda y le hizo un gesto que éste respondió asintiendo con la cabeza. Así apretó un botón que tenía al lado de su comodísimo y antagónico asiento. Con ese interruptor se abrió una puertita debajo de los pies del vendedor, que cayó al suelo y sobrevivió por debajo del ómnibus de purísima casualidad.

- Gracias –dijo el conductor-. No sé por qué se empeñan en hablar tanto si saben que no van a vender nada.

\*

\*

\*

Germán